

QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos de nosotros batallamos para entender el sufrimiento que deriva de la adicción sexual. Algunas consecuencias eran visibles: relaciones dañadas, pérdida de confianza, distanciamiento espiritual o consecuencias emocionales. Pero gran parte del sufrimiento estaba oculto, como lo era la vergüenza de la que no podíamos hablar, el aislamiento en el que vivíamos, la ansiedad que se encontraba debajo de lo visible y una insatisfacción turbulenta que nunca parecía calmarse. En la recuperación, empezamos a ver que, aunque no elegimos todas las heridas que llevábamos, muchas veces elegíamos conductas que mantenían abiertas esas heridas. Tener un mal comportamiento no sanaba la soledad, el miedo ni la inseguridad. Evitaba que las heridas más profundas fueran enfrentadas y sanadas.

Los Doce Pasos nos ayudan a acercarnos a esta verdad sin que ella nos aplaste. El Primer Paso nos invita a admitir la impotencia ante la lujuria y cómo nuestras vidas se volvieron ingobernables. Esta honestidad no es condena, es el inicio de la libertad. La negación nos mantenía en círculos entre lo oculto, la racionalización y la culpa. Cuando admitimos que nuestras viejas soluciones no funcionan, la rendición se convierte en una puerta hacia la gracia.

A medida que crecemos espiritualmente, la recuperación se convierte en algo más que dejar de realizar ciertos comportamientos. Se convierte en una nueva forma de enfrentar la vida. Incluso cuando surgen los detonantes, el estrés o el malestar emocional, algo en nosotros comienza a cambiar. Dejamos de ser motivados por la compulsión y nos basamos más en conciencia y en la capacidad de elegir. En lugar de escapar hacia la fantasía o a lo secreto, aprendemos a sacar nuestras experiencias a la luz. Como dice el libro *Doce Pasos y Doce Tradiciones*, “Nunca se nos ocurrió pensar que nosotros éramos quienes teníamos que cambiar para

ajustarnos a las circunstancias, fueran cuales fueran” (p. 52). La recuperación nos enseña a enfrentar la soledad, el estrés y las emociones mediante la oración, la unión, la responsabilidad y la honestidad, en lugar de actuar de formas erróneas.

La Primera Lectura de este domingo muestra como la sanación está conectada con el amor en acción (Isaías 58:7-10):

Esto dice el Señor: “Comparte tu pan con el hambriento, abre tu casa al pobre sin techo, viste al desnudo y no des la espalda a tu propio hermano. Entonces surgirá tu luz como la aurora y cicatrizarán de prisa tus heridas; te abrirá camino la justicia y la gloria del Señor cerrará tu marcha.

La adicción sexual reduce nuestro mundo a la gratificación y al aislamiento. Dios abre nuestros corazones. La sanación se profundiza a medida que aprendemos a vivir en la verdad, el servicio y la conexión real. Al salir de lo oculto y adentrarnos en una comunidad honesta, descubrimos que el amor expresado de una manera sana trae la sanación que alguna vez intentamos simular.

La Carta a los Hebreos nos recuerda que Cristo entiende la lucha. Porque Él mismo experimentó la prueba y sufrimiento, puede ayudar a quienes están siendo juzgados (Hebreos 2:18). No estamos solos ante la tentación o la debilidad. En la recuperación, también nos convertimos en personas que entienden a los demás sin juzgarlos, porque conocemos nuestra propia vulnerabilidad.

En la Segunda Lectura de este domingo, San Pablo repite lo que es este tipo de humildad (1 Corintios 2:3-5):

Me presenté ante ustedes débil y temblando de miedo. Cuando les hablé y les prediqué el Evangelio, no quise convencerlos con palabras de hombre sabio; al contrario, los convencí por medio del Espíritu y del poder de Dios, a fin de que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres.

No llevamos la esperanza porque seamos fuertes. Llevamos esperanza porque somos honestos. Dios actúa a través de nuestra voluntad, responsabilidad y humildad.

Finalmente, Jesús dice: “Ustedes son la luz del mundo” (Mateo 5:14-16). Nuestra luz brilla cuando vivimos en la verdad en lugar de lo oculto, en la conexión en lugar de la soledad, y en la humildad en lugar del orgullo. Lo que antes parecía nuestra vergüenza más profunda puede convertirse en una parte de cómo ahora entendemos y ayudamos a otros. La recuperación nos enseña que Dios no desperdicia nada. Incluso nuestras dificultades se pueden convertir en luz para alguien más.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué aspectos, el mal comportamiento impedía que las heridas emocionales o espirituales más profundas pudieran sanar?
- ¿De qué forma Dios te invita a cambiar la manera en cómo respondes a los detonantes o a las emociones?
- ¿Cómo te ha ayudado tu lucha para entender con mayor compasión a los demás?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 58:7-10

SALMO RESPONSORIAL Salmo 112:4-5, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 2:1-5

EVANGELIO Mateo 5:13-16